Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.— Un año, 20 ptas —Provincias: Tres meses, 7'80 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 281.

excesivo

ERO amaras nanteni las no.

l asesi.

paña e

a mari

tos del

nes de

ad au.

s colo.

icia ha

bre al-

en la

ntieres

in cri-

iño de

tenia

de las

baul

ases.

echó

baul,

cayó

a es

miste-

ore y

una

en la

Ga.

pera

itud,

a vi

nia y

vista

ones

arse

lan-

la

108

me

tos

ida

ios

ess

10

Sevilla.—Jueves 6 de Diciembre de 1900

AÑO XXIV.

La prensa de Madrid lo ha dicho, y la policía de Valencia lo ha confirmado para tratar de justificar el inícuo despojo cometido en la hermosa ciudad levantina con los periódicos de Madrid, de los que ni una hoja ha circulado. Los que han visto esas proclamas revoluciona. rias ó esas hojas subversivas sin pié de imprenta, aseguran que na da pecaminoso contienen, ni ninguna razón puede abonar la extrema medida adoptada por el Gobierno, que quedará en una situación muy difícil cuando el Sr. Romero, con motivo de su rectificación, y los diputados por Valencia, se hagan eco de la protesta uná. nime y expongan ante la Cámara el inícuo atentado que nos conduce de cabeza á los periodos de mayor reacción de España.

¿Que se habla de revolución? El primero en proclamarla fué el Sr. Silvela. ¿Que se afirma que hemos perdido la honra y se nos han arrebatado todas las libertades por culpa de gobiernos cuidadosos sólo del interés del régimen, con perjuício de las conveniencias de la nación? Eso se dice todos los días en el Congreso, en la prensa, en la plaza, en la calle, en toda clase de sitios donde se reunen dos españoles que no comen del presupuesto, ó, aunque coman, con tal que tengan independencia de juício.

El malestar es muy grande, el descontento cunde por todas partes, y como el Gobierno y el régimen, ni conocen el remedio, ni aunque lo conocieran podrían aplicarlo, de aquí que se empiecen á manifestar esos síntom as de la manera que parece que se hace para significar que ésta es una situación imposible, y que España, atada de pies y manos por los gobiernos teocráticos que imperan, no podrá abrirse camino por la senda progresiva que los demás pueblos, si aquí no se abren todas las compuertas para dar salida al aire purísimo y vivificador d e

Las proclamas, hojas, ó lo que sean, que deben haber circulado profusamente, á juzgar por las medidas del Gobierno, no son más que el refresco de la memoria de todos los desaprensivos que han amenazado al pueblo, que han profanado la patria y que han anulado la libertad de los españoles.

Como anuncio de reivindicación de los derechos del hombre, no significan actualmente otra cosa que la preparación del ánimo á futuras contingencias, que sólo el pueblo puede

La suspensión de garantías tiene siempre estas consecuencias, como los informes á priori que tenía Silvela del fracasado movimiento carlista traen aparejado este aviso, que, por lo visto, no inquieta á sus autores, quienes indudablemente deben poseer una gran fuerza cuando rriá.> así se atteven á provocar las iras del Gobierno.

No queremos mezclarnos en discurrir acerca del acierto de esas proclamas en los momentos actuales; pero si verdaderamente han alarmado al Gobierno, el Ministerio de beatos y neos que nos dirige sabrá por qué, y milagro será que no nos venga mañana asegurando que se trata de otra jugada de Bolsa, ó adoptará el criterio contrario para declarar que ha salvado á España del luto de una tenebrosa conjura urdida en la sombra y llamada á dar muchos días de luto á la pobre España.

Comentamos el suceso, porque ha sido la prensa el pagano y los ciudadanos pacíficos.

Ahora bien, el ruido de las proclamas no es más que el miedo del Gobierno á que se le va el poder de las manos y no sabe por donde viene el golpe. Tengamos atento el oido.

# Murmuraciones

El banquete político, digo, debate político ha decaído bastante.

Se espera con verdaderas ansias el discurso que habrá de pronunciar en él el Sr. Gamazo. Porque.... como no se sabe con quién está esa ilustre figura de la política española—al tan-

to por ciento de interés-se aguarda tome una posición definitiva y lo bastante clara para que los socios del casino La Peña de Sevilla sepan en qué carreta van montados.

Y digo carreta, porque no andan, no andan. iy de cuando en cuando, atascamiento en los baches municipales!

Lo más gracioso ocurrido en la última sesión celebrada por las Cortes es que un Sr. Pradera (carlista) ha llamado neo al Sr. Ugarte, ministro de la Gobernación.

Señores, serán neos los ministros actuales, que hasta los carlistas los vituperan como

El venerable jefe del partido republicano federal español ha pedido que se derogue la ley de represión contra el anarquismo, por considerarla una violencia contra el derecho de emitir las ideas, esto es, contra la libertad del pensa-

Y se levantó á contestarle un caballero enlevitado, según dice El Pais, cuyo caballero ar guyó que «no se puede tolerar que se propaguen ideas absurdas, contrarias á los fundamentos de

¿Quién será ese señor filósofo enlevitado que ha echado sobre sí la pesada tarea de asegurar los fundamentos sociales?

¡Uno que habrá violado el derecho electoral, burlándose de la ley y de todos los fundamen-

Debajo de cada adoquín hay en España un

\*\*

Más adelante, os diré de manera muy formal, lo que un curita animal ha hecho, sin compasión, en Barcelona.... ¡Villano! ¡No vendrá la degollina contra esa gente ladina, sin patria y sin corazón?

\*\* He dicho que más adelante.... y no me lo puedo callar, porque si no, reventaría. Hélo aquí:

«Barcelona.—Durante el día de hoy se ha hablado con insistencia de un repugnante delito cometido en cierto convento del inmediato barrio de Sarriá.

Tratase de un crimen repugnante perpetrado por un capellán de esta ciudad, que visitaba con frecuencia el referido convento.

El hecho ha permanecido envuelto en el misterio durante algunos días, hasta que, por confidencias reservadas, tuvo noticias del delito el juzgado correspondiente.

De las averiguaciones practicadas resulta que el capellán atropelló brutalmente á una preciosa niña de ocho años, cometiendo con ella una serie de torpezas inconcebibles.

La víctima ha declarado ante el juez de la Universidad relatando las bestiales torpezas del presbitero, que han puesto en peligro la vida de la inocente criatura.

El Juzgado ha decretado la prisión del pellán, al que se le sigue causa por violación. Este asunto, que está llamado á dar mucho juego, ha causado gran indignación en Barcelona, y muy especialmente en la barriada de Sa-

Pero ¿en qué consiste esa indignación cuando todavía está vivo el cura?

¿Esa niña no tenía padre con vergüenza y coraje, ni madre con uñas, ni hermanos con una tranca, capaces de decirle al cura con qué beatas podría haber hecho lo que con la niña infe liz, sin ulteriores responsabilidades, antes bien, con la recompensa y el agradecimiento de la

Hasta aquí, cuando he hablado de poca ver-

guenza, he creido exagerar. Pero desde ahora en adelante, en presencia de estos hechos y de estas indignaciones que no pasan de las cuartillas de los gacetilleros y corresponsales, creeré que es verdad; ¡que no hay en España ni pizca de verguenza!

\*\* Concuerda con lo anterior la siguiente noti-

«Dice un periódico de Aragón que en Alcañiz dos infelices hambrientos se han prestado á ser uncidos á un arado, como si fueran bueyes, labrando una buena extensión de terreno.

¡ Como si fueran bueyes! Si eso es verdad, son bueyes efectivamente. Aunque no tengan cornamenta.

Según dicen los periódicos, ha causado mal efecto que Silvela haya querido echar á Paco Romero de la monarquía.... ¡Vamos, que le ha resultado serio el acto realizado!

¡Lo celebro, lo celebro! ¿Y qué dirán las regiones del palacio á todo esto?

Parece que se trata por la gente nea de revertir, á favor de las comunidades religiosas, y como carga de justicia, todo el capital desamortizado por el gobierno de Mendizábal,

非谁

Y se devolverán los bienes de este modo:

«1.º Todos los terrenos, fincas, predios, etcétera, que estuviesen en poder de ayuntamientos, de diputaciones ó del Estado, y los que aún no hubieran sido vendidos, se adjudicarán á los

2.º Se formará anualmente un nuevo presupuesto del clero regular por vía de indemnización repartible equitativamente, según las disposiciones que sean del caso, lo mismo que las fincas arriba dichas.

3.º En todos los abintestatos en que figuren bienes nacionales volverán éstos á ser propiedad de sus antiguos poseedores monásti-

Yo creo que esto no será verdad. Pero.... si lo fuera, me alegraría.

Porque todo el capital desamortizado está en manos de los clericales, de ellos mismos, jy sería de ver esos lobos despojándose los unos á

Las fincas desamortizadas, por lo menos en Sevilla, todas están en poder de los clericales....

¡Qué gusto verlos despojados de sus rapi-

Dice El Porvenir de hoy:

«El Alcalde ha rogado encarecidamente á les concejales que no falten el día de la Purísima Concepción á la fiesta religiosa de la Catedral, á la que asistirá el Ayuntamiento en corporación bajo mazas.

Se dice que el Alcalde dará después de la ceremonia religiosa un banquete á los concejales que lo acompañen.»

Es la única manera de que algunos vayan acompañando á su señoría.

Al olor del banquete.

¡A qué extremos ha llegado la representa ción municipal de la ciudad Mariana, que, para que sus representantes acudan, hay que enseñarles, o prometerles, chuletas empanadas!

Dice el periódico del señor Arzobispo de

«Hay en Sevilla tres ó cuatro ancianos que, habiendo cumplido los cien años, cuando pase el mes actual habrán conocido tres siglos, el XVIII, el XIX y XX.

Alguno de los referidos ancianitos están desamparados y, con el peso de sus años y de los artefactos de componer sillas, recorre aún trabajosamente nuestras calles y plazas, expuestos sus demacrados miembros á las inclemencias del agua y del frío, á fin de ganar un pedazo de pan con que alimentarse.

¿No le parece á nuestras autoridades una hermosa fiesta fin de siglo hacer algo por los que lo vieron nacer y lo ven morir, por los veteranos de la vida que han luchado cien años con la existencia, y que, encanecidos los cabellos, y decrépitos, trémulos y encorvados los cuerpos, continúan luchando al borde de la tumba?

¿No les parece justo y santo endulzar de algún modo el corto número de días que en el li-

bro de la vida les queda? Muy poco costaría alegrar el ocaso de sus gastadas existencias; quizás mucho menos que cualquier concierto ó luminaria.»

Y diga usted, amigo:

¿Porqué le propone usted esa buena acción á las autoridades, y no se la propone á su patrono el señor Arzobispo?

¿Cree usted más meritorio que el señor Arzobispo esté recogiendo dinero para mandarlo a Italia en forma de cáliz de oro, que atender, por si mismo y con la ayuda de las personas caritativas y religiosas, á socorrer esos ancianos de que habla?...

Esa acción que el colega propone-con muy buen sentido por supuesto-sí que sería una acción digna para que los católicos la hicieran, sin ayuda de nadie.

Propóngaselo usted á su patrono el Arzo-

Verá cômo.... se quedan los pobrecitos ancianos lo mismo que están.

Esos ancianos no pueden traer el capelol ¡El capelo, Dios mío, el capelo!

CARRASQUILLA.

### "Entre Naranjos"

(De la novela que, con dicho título, acaba de poner á la venta el distinguido escritor D. Vicente Blasco Ibañez.)

«Una noche, á fines de Abril, Rafael se detuvo en la puerta de su cuarto con el mismo temor que si fuese a entrar en un horno. Estremecíase al pensar en la noche que le esperaba. La ciudad entera parecía desfallecer en aquel ambiente cargado de perfemes. Era un latigazo de la Primavera, acelerando con su excitación la vida, dando mayor potencia á los

No soplaba ni la más leve brisa; los huertos impregnaban con su olorosa respiración la atmosfera encalmada; dilatabanse los pulmones como si no encontrasen aire, queriendo aspirar de un golpe todo el espacio.

Un estremecimiento voluptuoso agitaba la ciudad, adormecida bajo la luz de la luna.

Rafael, sin darse cuenta de lo que hacía, bajó a la calle, y poco después se vió en el puente, donde algunos noctámbulos, con el sombrero en la mano, respiraban con avidez, contemplando el haz de reflejos sueltos, como fragmentos de espejo, que la luna proyectaba sobre las aguas del río.

Siguió adelante Rafael por las calles del arrabal, solitarias, silenciosas, resonantes bajo sus pasos, con una hilera de casas blancas y brillantes bajo la luna, y la otra sumida en la sombra. Se sentía atraído por el misterioso silencio del campo.

Su madre dormía descuidada; él estaba libre hasta el amanecer y seguía adelante, como atraído por aquellos caminos, serpenteantes entre los huertos, donde tantas veces había so-

ñado y esperado. Para Rafael no era una novedad el espectáculo. Todos los años presenciaba la germinación primaveral de aquella tierra, cubriéndose de flores, impregnando el espacio de perfume, y sin embargo, aquella noche, al ver sobre los campos el inmenso manto de nieve del azahar blanqueando á la luz de la luna, sintióse domi-

nado por una dulce emoción. Los naranjos, cubiertos desde el tronco a la cima de blancas florecillas con la nitidez del marfil, parecían árboles de cristal hilado; recordaban á Rafael esos fantásticos paisajes nevados que tiemblan en la esfera de los pisapapeles. Las ondas de perfume, sin cesar renovadas, extendíanse por el infinito con misterios o estremecimiento, transfigurando el paisaje, dandole una atmosfera sobrenatural, evocando la imagen de un mundo mejor, de un astro lejano donde los hombres se alimentasen con perfumes y vivieran en eterna poesía. Todo estaba transfigurado por aquel ambiente de gabinete de amor, iluminado por un inmenso fanal de nácar. Los crugidos secos de las ramas sonaban en el profundo silencio como besos; el murmullo del río le parecía á Rafael el eco lejano de una de esas conversaciones con voz desfallecida, susurrando junto al oído palabras temblorosas de pasión. En los cañaverales cantada un ruisenor dedilmente como anonadado por la belleza de la noche.

Se deseaba vivir más que nunca; la sangre parecía correr por el cuerpo más aprisa; los sentidos se afinaban, y el paisaje imponía silencio con su belleza pálida, como esas intens sus voluptuosidades que se paladean con un recogimiento místico.

Rafael seguía el camino de siempre, íba hacia la casa azul.

Aún duraba en él la vergüenza de su torpeza; si hubiera visto á Leonora en medio del camino, habría retrocedido con infantil terror; pero la seguridad de que á aquella hora no podría encontrarla, le daba fuerza para seguir adelante. A sus espaldas, sobre los tejados de la ciudad, habían sonado las doce. Llegaría hasta las tapias de su huerto, entraría en él si le

recogido y silencioso al pie de la casa, adorando las ventanas tras las cuales dormía la artista. Era su despedida. Un capricho de romantico sentimentalismo que se le había ocurrido al salir de la ciudad y ver los primeros naranjos cubiertos de aquella flor cuyo perfume había retenido en paciente espera á la artista durante muchos meses. Leonora no sabría que había estado cerca de ella, en el huerto silencioso inundado de luna, adorándola por última vez, despidiéndose con el dolor mudo con que se

era posible, y permanecería algunos minutos

dice adiós á la ilusión que se pierde en el ho-

Vió ante él la verja de verdes barrotes, aquella que se había cerrado á sus espaldas con el estrépito de una injuriosa despedida. Buscó en la cerca de espinos una brecha que conocía de la época en que rondaba la casa. La pasó, y sus pies se hundieron en la tierra. fina y arenisca de las calles de naranjos. Sobre las copas de éstos aparecía la casa blanquecina bajo la luna, brillando como plata las canales del tejado y los antepechos de las ventanas. Todas estaban cerradas; la casa dormía,

jos un bulto negro, cayendo junto á él con sordo rugido. Era el perro de la alquería, un animal feo y torvo que mordía antes de la

Rafael dió un paso atrás, sintiendo el vaho de aquella boca anhelante y rabiosa que buscaba hacer presa en sus piernas; pero se trans quilizó al ver que el perro, tras una corta indecisión, movía bondadosamente la cola y se limitaba á husmear los pantalones, para convencerse de la identidad de la persona. Le había conocido: agradecía sus caricias; la mano pasada automáticamente por el lomo mientras conversaba con Leonora en el banco de la pla-

Le pareció un buen presagio aquel encuentro, y siguió adelante mientras el perro volvía a agazaparse en la sombra.

Avanzaba timidamente, al amparo de la ancha faja de obscuridad que proyectaban los naranjos, casi arrastrándose, como un ladrón que teme caer en una emboscada.

Salió á la avenida cerca de la plazoleta, y cuando entró en ella, experimentó una impresión de sorpresa al ver la puerta entreabierta, al mismo tiempo que cerca de él sonaba un

Se volvió, y en el banco de azulejos en-vuelto en la sombra de las palmeras y los rosales, viò una figura blanca, una mujer, que al incorporarse, quedó con el rostro en plena luz:

El joven hubiera deseado desaparecer, que se lo tragara la tierra.

-|Rafaell ¿Usted aquí?.

Y los dos quedaron silenciosos frente á frente: el avergonzado, mirando al suelo; ella contemplandole con cierta indecisión.

-Me ha dado usted un susto que no se lo perdono-dijo por fin.-; A qué viene usted

aquí?.. Rafael no sabía qué contestar. Balbuceaba con una timidez que impresionó á Leonora; pero á pesar de su turbación, notó un brillo extraño en los ojos de la artista, una veladura misteriosa en la voz, que la transfiguraban.

-Vamos-dijo Leonora bondadosamente, -no busque usted esas excusas tan raras.... ¿Que venía usted á despedirse sin querer verme? ¿Qué galimatías es ese? Diga usted sens cillamente que es una víctima de esta noche

peligrosa: yo también lo soy. Y abarcaba con sus ojos, de un brillo lacrimoso, la plazoleta blanca por la luna, los nevados naranjos y los rosales y palmeras que parecían negros, destacándose sobre el espacio azul, en el que vibraban los astros como granos de luminosa arena. Su voz temblaba, tenía una opacidad suave; acariciaba co-

mo terciopelo. Rafael, animado por aquella tolerancia, quis so pedir perdón, habló de la locura que le había expulsado de allí; pero la artista le atajo.

-No hablemos de aquella infamia: me hace daño recordarla. Queda usted perdonado, y ya que cae aquí como llovido del cielo, quédese un momento. Pero.... nada de audacias. Ya me conoce usted.

Y recobrando su viril apostura de amazona, segura de sí misma, volvió al banco, indicando á Rafael que se sentara al otro extremo.

— Qué nochel... Estoy ebria sin haber be-bido. Los naranjos me emborrachan con su aliento. Hace una hora sentía que mi habitación daba vueltas, que la cabeza se me íba: la cama me parecía un barco en plena tempestad. He bajado como otras veces y aquí me tiene usted hasta que el sueño pueda más que la hermosura de la noche.

Hablaba con languidez, abandonándose, con temblores de voz y estremecimientos del pecho, como si la angustiase aquel perfume, comprimiendo su poderosa vitalidad. Rafael la veía á corta distancia, blanca, escultural, envuelta en el jaique con que se cubria al pasar de la cama al baño; lo primero que había encontrado á mano al bajar al huerto.

Y bajo la fina lana delatábanse las tibias redondeces con un perfume de carne sana, fuerte y limpia que, atravesando la tela, se confundía con la virginal respiración del azahar.

-He tenido miedo al verlo-continuó con voz lenta y apagada-un poco de miedo nada más; la natural sorpresa, y, sin embargo, estaba pensando en usted en aquel momento. Se lo confieso. Me decía: «¿Qué hará aquel loco á estas horas?,, y repentinamente se presenta usted aquí como un aparecido. No podría usted dormir excitado por ese ambiente, y ha venido á tentar de nuevo la suerte con la misma esperanza que le guiaba otras veces.

Hablaba sin su ironsa habitual, quedamente, si conversase con ella misma. Descansaba con abandono su busto en el respaldo del banco con un brazo cruzado tras la cabeza.

Rafael quiso hablar otra vez de su arrepentimiento, de aquel deseo de arrodillarse ante la casa para pedir mudamente perdón á la que dormía arriba, pero Leonora le atajó de

-Cállese usted; habla muy fuerte y podrán oirle. Mi tía duerme al otro lado de la casa, tiene el sueño ligero.... Además, no quies ro oir nada de remordimiento y perdón. Eso me trae á la memoria la vergüenza de aquella mañana. ¿No le dice á usted bastante que yo le permita estar aquí? De nada quiero acordarme.... ¡A callar, Rafaell En silencio se paladea mejor la belleza de la noche; parece que el campo habla con la luna, y el eco de sus palabras son estas olas de perfume que nos en-

Y quedó inmóvil y silenciosa con los ojos en lo alto, reflejándose en sus córneas la luz de la luna con una humedad lacrimosa. Rafael veía de vez en cuando agitarse su cuerpo con

Al ir a avanzar, salto de entre dos naran- | misteriosos estremecimientos, extenderse sus | brazos, cruzándose tras la dorada cabellera con desperezos que hacían crugir la blanca envoltura, poniendo en voluptuosa tensión todos sus miembros. Parecía trastornada, enferma; su respiración anhelante tomaba á veces el estertor del sollozo; inclinaba la cabeza sobre un hombro, y desahogaba su pecho con suspiros interminables.

El joven callaba obediente temiendo que el recuerdo de su torpe audacia surgiera de nuevo en la conversación, sin ánimo para acor tar la distancia que les separaba en el banco. Ella, como si adivinase el pensamiento de Rafael, hablaba con lentitud del estado anormal en que se hallaba.

-No sé que tengo esta noche. Quiero llorar sin saber por qué; siento en mí una inexplicable felicidad y, sin embargo, prorrumpiría en sollozos. Es la primavera; ese maldito per fume que es un latigazo para mis nervios. Creo que estoy loca... ¡La primavera! ¡Mi mejor ami« ga y no le debo más que rencores! Si alguna locura he hecho en mi vida, ella ha sido la consejera... Es la juventud que renace en nosotros; la locura que nos hace la visita anual... |Y yo, fiel siempre á ella. adorándola, aguardando su llegada cerca de un año en este rincón para verla aparecer con su mejor traje, coronada de azahar como una virgen, una virgen malvada que paga mi cariño con golpes!... Mire usted como me ha puesto. Estoy enferma no sé de qué: enferma de exceso de vida; me empuja no sé donde; seguramente donde no debo ir... Si no fuese por mi fuerza de voluntad, caería ten dida en este banco. Estoy como los ebrios que hacen esfuerzos por mantenerse sobre las pier nas y marchar rectos.

Era verdad, estaba enferma. Cada vez sus ojos aparecían más lacrimosos; su cuerpo, estremecido, parecía encogerse, desplomarse so bre sí mismo, como si la vida, cual un fluído dilatado, buscase escape por todos los poros.

Calló de nuevo por mucho rato con la mirada vaga y perdida en el infinito, y de pronto murmuró como contestando á sus recuerdos:

-Nadie como él reconoció esto. Lo sabía todo, sentía como nadie el misterio de las ocultas fuerzas de la Naturaleza, y cantó la primavera como un dios. Hans me lo dijo muchas veces y es verdad.

Y añadió sin volver la cabeza, con la voz vaga d : una sonámbula:

-Rafael, ¿usted no conoce La Walkyria, verdad? No ha oído el canto de la prima

No; el diputado no sabía lo que le preguntaban. Y Leonora, siempre con los ojos en la luna, la nuca apoyada en sus brazos, que escapaban nacarados, fuertes y rendondos, de las caídas mangas, hablaba lentamente, evocando sus recuerdos, viendo pasar ante su imaginación la escena de intensa poesía, la glorificación y el triunfo de la Naturaleza y el amor.

La cabaña de Hunding, bárbara, con sal vajes trofeos y espantosas pieles, revelando la brutal existencia del hombre apenas posesionado del mundo en lucha perpétua con los elementos y las fieras. El eterno fugitivo, olvidado de sus padres; Sigmundo, que á sí mismo se da por nombre Desesperación errante años y años á través de las selvas, acosado por los animales feroces que le creen una bestia al verle cubierto de pieles, descansa por fin al pie del gigantesco fresno que sostiene la cabaña, y al beber el hidromiel en el cuerno que le ofrece la dulce Siglinda, conoce por primera vez la existencia del Amor, mirándose en sus cándidos ojos.

El marido, Hunding, el feroz cazador, se despide de él al terminar la rústica cena. «Tu padre era el Lobo y yo soy de la raza de los cazadores. Hasta que apunte el día mi casa te protege, eres mi huésped; pero así que el sol se remonte, serás mi enemigo y combatiremos... Mujer, prepara la bebida de la noche y vámonos

Y el desterrado queda solo junto al fuego, pensando en su inmensa soledad. Ni hogar, ni familia, ni la espada milagrosa que le prometió su padre el Lobo. Y cuando apunte el día, de la cabaña que le cobija saldrá el enemigo que ha de darle muerte. El recuerdo de la mujer que apagó su sed, la chispa de aquellos ojos cándidos, envolviéndole en una mirada de piedad y amor, es 10 único que le sostiene... Ella llega, después de dejar dormido al feroz compañero. Le enseña en el fresno la empuñadora de la espada que hundió el dios Wotan: nadie puede arrancarla; solo obedecerá á la mano de aquel para quien la ha destinado el

Y mientras ella habla, el salvaje errante la contempla extasiado, como blanca aparición que le revela la existencia en el mundo de algo más que la fuerza y la lucha. Es el amor que le habla. Lentamente se aproxima; la abraza, la estrecha contra su pecho, y la puerta se abre à impulsos de la brisa, y aparece la selva verde y olorosa á la luz de la luna, la primavera nocturna, radiante y gloriosa, envuelta en su atmósfera de rumores y perfumes.

Siglinda se estremece. «¿Quién ha entrado?» Nadie, y sin embargo, un nuevo sér acaba de penetrar en la cabañ, abatiendo la puerta con su invisible rodillazo. Y Sigmundo, con la inspiración del amor, adivina quién es el recién llegado. «Es la Primavera que ríe en el aire en torno de tus cabellos. Se acabaron las tempestades; terminó la obscura soledad. El luminoso mes de Mayo, joven guerrero con armadura de flores, se presenta á dar caza al negro invierno, y enmedio de la fiesta de la Naturaleza regocijada, busca á su amante: la Juventud. Esta noche, en que te veo por vez primera, es la noche de bodas infinita de la Primavera y la Juventud.»

Y Leonora se estremecía, escuchando ins

ternamente el murmullo de la orquesta al acompañar el canto de ternura inspirado por la Primavera; la vibración de la selva agitando sus ramas entumecidas por el invierno, al recibir la nueva savia como torrente de vida; y en medio de la iluminada plazoleta, cresa contemplar á Sigmundo y Siglinda estrechándose en elerno abrazo, formando un solo cuerpo, como cuando los veía desde los bastidores, vestida de walkyria, esperando la hora de despertar el entusiasmo del público con su alarido ¡Hojotoho!

Sentía la misma tristeza de Sigmundo en la cabaña de Hunding. Sin familia, sin hogar, errante, buscaba algo en que apoyarse, algo que estrechar cariñosamente, y sin darse cuenta de sus movimientos, era ella la que se aproximaba a Rafael, la que había puesto una mano entre las suyas.

Estaba enferma. Sollozaba quedamente con una timidez suplicante de niña, como si la intensa poesía de aquel recuerdo artístico hubiese quebrantado el débil resto de voluntad que la había mantenido dueña de sí.

-No sé qué tengo.... Me siento morir... pero con una muerte stan dulcel stan dulcel... ¡Qué locura, Rafaell ¡qué imprudencia habernos visto esta nochel...

Y abarcaba con una mirada suplicante, como pidiendo gracia, la noche majestuosa, en cuyo silencio parecía agitarse la vibración de una nueva vida.

Adivinaba que algo íba á morir en ella. La voluntad yacía inánime en el suelo, sin fuerzas para defenderse.

Rafael también se sentía trastornado. La tenía apoyada en su pecho, una mano entre las suyas; floja, desmayada, sin voluntad, incapaz de resistencia, y, sin embargo, no sentía el ardor brutal de aquella mañana, no osaba moverse por el temor de parecer audaz y bárbaro. Le invadía una inmensa ternura; sólo ambicionaba pasar horas y horas en contacto con aquel cuerpo, estrechándolo fuertemente, cual si quisiera abrirse y encerrar dentro de él á la mujer adorada, como el estuche guarda la

La hablaba misteriosamente al oído, sin saber casi lo que decía; murmuraba en su sonrosada oreja palabras acariciadoras que le parecían dichas por otros y le estremecían al decirlas con escalofríos de pasión.

Sí, era verdad; aquella noche era la soñada por el gran artista: la noche de bodas del arro gante Mayo con su armadura de flores y la sonriente Juventud. El campo se estremecía voluptuosamente bajo la luz de la luna; y ellos, jóvenes, sintiendo el revoloteo del amor en torno de sus cabellos, estremecidos hasta la raíz, ¿qué hacían allí, ciegos ante la hermosura de la noche, sordos al infinito beso que resonaba en torno de sus cabezas?

-¡Leonoral ¡Leonoral -gemía Rafael. Se había deslizado del banco: estaba, casi sin saberlo, arrodillado ante ella, agarrado á sus manos, y avanzaba el rostro, sin atreverse

á llegar hasta su boca. Y ella, echando atrás el busto con desmayo, murmuraba débilmente con un quejido de

-No, no, me haría daño... me siento morir, Los dos en uno-continuaba el joven con sorda exaltación - unidos para siempre; mirándose en los ojos como en un espejo; repitiendo sus nombres con la entonación de una estrofa; morir así si era preciso para librarse de la murmuración de la gente. ¿Qué les importaba á ellos el mundo y sus opiniones?

Y Leonora, cada vez más débil, seguía negándose.

-No, no... tengo vergüenza. Un sentimiento que no puedo definir.

Y así era. El dulce estertor de la naturaleza bajo el peso primaveral, aquel intenso perfume de la flor emblema de la virginidad, la transfiguraban. La loca, la aventurera de accidentada historia, entrada en el placer por el empujón de la violencia, sentía por primera vez rubor en los brazos de un hombre; experimentaba la alarma de la virgen al contacto del macho; la misma agitación que impulsa á la doncella á entregarse, entre estremecimientos de miedo, á lo desconocido. La naturaleza, al embriagarla abatiendo su resistencia. parecía crear una virginidad extraña en aquel cuerpo fatigado por el placer.

-¡Dios míol ¿qué es esto?... ¿Qué me pasa? Debe ser el amor; un amor nuevo que no conocía.... Rafael.... ¡Rafael mío!

Y llorando dulcemente, oprimía entre sus manos la cabeza del joven, apretaba su boca contra la suya, echándose después atrás con los ojos extraviados, enloquecida por el contacto de

Estrechamente abrazados habían caído sobre el banco. El jardín rumoroso les servía de cámara nupcial: la luna les dejaba en la discreta

- ¡Por fin! -murmuró ella-lograste tu deseo. Tuya.... pero para siempre. Te quería antes, pero ahora te adoro.... Por primera vez lo digo con toda mi alma.

Rafael, impulsado por la dicha, tuvo un arranque de generosidad. Necesitaba darlo

-Sí; mía para siempre. No temas entregarte, hacerme feliz... Me casaré contigo. Enmedio de su embriaguez vió có.no la

artista abría con extrañeza sus ojos, cómo pasaba por su boca una sonrisa triste.

-¡Casarnos! ¿y para qué?... Eso es para otros. Quiéreme mucho, niño mío, ámame cuanto puedas... Yo sólo creo en el Amor.,

## De actualidad

DE LA PENÍNSULA

Dicen de Palma que entre Ibiza y Formen tera naufrago el falucho d de pesca Pepito, resultando 5 ahogados.

A la altura de Deva, el vapor Dolores salvo 14 naufrago, de una lancha de pesca, que lucha. ban agarrados á la quilla.

En Murcia sigue el desarrollo de la trichino.

Ha habido dos defunciones y treinta invasio-

Veinte de los enfermos están graves. Hay familias enteras atacadas.

Al proyecto de convenio sobre la deuda ex terior los liberales, romeristas y republicanos presentarán votos particulares.

La discusión promete ser empeñada y dete,

El Gobierno quiere que se aprueben antes del Mensaje sobre la boda los proyectos de fuerzas de mar y tierra y el convenio de la Deu-En caso preciso se suprimirán las vacacios

nes de Navidad.

El Liberal comenta los intemperancias de Villaverde, y dice que, confiado el Gobierno, brotan por generacion espontánea dictadorci.

Todos gobiernan y dirigen á los nuevos mi-

Extraña que sufran esto las oposiciones libe.

Créese que el lunes comenzará el debate político en el Senado.

La comisión del crédito agrícola acordó oir á Montero Ríos, que quiere informar.

En el Congreso el polaviejista Mataix cree insuficientes las explicaciones dadas sobre la

Afirma que el anterior Gobierno ofreció á Polavieja la Capitanía general de Madrid. Contesta Alix que Silvela propuso en el Con-

sejo el nombramiento de Polavieja, y Azcarraga creyó que debía esperarse á su sucesor. Luego Linares opuso obstáculos, y designó

a Weyler, surgiendo la crisis por los disgustos con Gasset y Dato. Intervienen ambos explicando su dimisión.

Rectifica Mataix. Pradera cree necesaria la revolución para purificar la política y la administración.

Califica al Gobierno de ministerio de neos y carlistas, que formaron la unión católica faltos de valor para soportar la emigración.

Niega que los carlistas sean traidores á la Protesta contra la comparación con los se

cuestradores. Prodúcese un vivo incidente.

Rumores y campanillazos.

Censura Pradera la suspensión de las garan-

Hablando de D. Carlos llámale rey y señor Campanillazos. Niega que las partidas de Cataluña fuesen

carlistas.

Su partido no es responsable.

Elementos bursátiles engañaron á los carlistas, y el Gobierno aprovechó el movimiento para alejarlos de la legalidad. Contesta Ugarte afirmándose como católico.

Suspéndese el debate y se levanta la sesión.

En el debate político se prescindirá de dis-

cutir sobre la boda hasta que se presente el El Gobierno intentará que en la Comisión

que dictaminará sobre el Mensaje figuren los que intervendran en la discusión. Todos los tetuanistas y gamacistas votarán

Sagasta muéstrase reservado. Las demás oposiciones votarán en contra.

Se ha incoado expediente para la naturelización de Caserta.

Al propio tiempo que se lee el Mensaje en las Cortes se participará el suceso á las nacio. Assrmase que Italia unirá su felicitación á

las demás potencias. Terminado el debate político, Bergamín

interpelará al Gobierno sobre el decreto incapa. citando á la infanta Cristina.

El Mensaje relativo á la boda se presentará en cuanto se allanen las dificultades de la na-

cionalidad de Caserta. La familia quería que se le llamara príncipe, pero el novio ha desistido para allanar obstá-

Espérase con curiosidad el discurso que pronunciará mañana Gamazo.

Créese que fijará la distancia que le separa de los fusionistas, señalará los términos de su inteligencia con Tetuán y abrirá camino á una amplia unión liberal de la derecha é izquierda.